

## 23. Lealtad al usurpador

EL *COLUMBUS* SE LLEVÓ DE ENSENADA A SAN DIEGO a los enfermos y heridos y al cirujano —nueve personas. Walker se fue hacia el sur en espera del vapor y refuerzos para la invasión a Sonora. Viajó con su república entera —unos montados, otros a pie— bandera, bueyes, vacas, ovejas, y artillería (los dos cañoncitos de la *Caroline*) en carretas jaladas por yuntas de bueyes cimarrones. Acamparon en un valle donde enterraron varios barriles de pólvora que les era difícil transportar. Dos días después pasaron por La Grulla hacia Santo Tomás y de ahí a la antigua misión de San Vicente, adonde llegaron el 20 de febrero. Con Walker viajaba "en términos amistosos y confidenciales" don Manuel Fernández de Córdova, uno de los dueños de la casa de adobes en Ensenada, sirviéndole al filibustero de agente privado, espía e intérprete.<sup>315</sup> El 21 de febrero, en San Vicente, Walker lanzó una proclama convocando a los vecinos a una reunión, la que don Manuel puso en español para los nativos:

A LOS HABITANTES DE SAN VICENTE —Con esta fecha he dado órdenes, transmitidas de acuerdo con mis dos Ministros, mandando reunir a todos los habitantes de esta Frontera de Baja California en el término de cinco días desde esta fecha, y asimismo yo os ordeno y exijo a vosotros, habitantes de este lugar de San Vicente, que os congreguéis en el plazo especificado, a sabiendas de que si cualquiera de vosotros deja de hacerlo, será *castigado* con suma SEVERIDAD.

WILLIAM WALKER, Presidente de Sonora.

San Vicente, 21 de febrero de 1854.<sup>316</sup>

Don Manuel le llevó una carta de Walker a Melendres, quien se encontraba cerca de San Vicente con unos cuantos adeptos. Walker le garantizó la vida y bienes a Melendres y le ofreció nombrarlo Gobernador de Baja California, si se presentaba en San Vicente. Melendres rehusó. El 28, tras considerables esfuerzos para reunir a los aterrorizados habitantes, Walker lanzó otra amenazante proclama presidencial:

*La Comandancia Militar y Civil de la República de Sonora: —*

A las tres de la tarde de hoy se disparará un cañonazo, tras lo cual todos los ciudadanos de San Vicente se reunirán en este campamento sin excepción ni excusa de ninguna clase.

Por orden de Su Excelencia, el Presidente.

(Firmado) JOSEPH W. SMITH,

Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores.

SAN VICENTE, 28 de febrero de 1854.<sup>317</sup>

La "Convención" se celebró a la hora señalada. Colocaron una mesa en medio de un patio cercado de filibusteros en los cuatro costados. Frente a la mesa tendieron en forma de arco dos banderas de la "República" (que servirían luego de horcas caudinas). A un lado se paró Walker con su Gabinete y el Estado Mayor, y al otro los "magistrados de la Corte Suprema" con un intérprete, don Agustín Horn, vecino de San Vicente a quien Walker tenía prisionero y quien logró escapar pocos días después y dio a la prensa californiana la crónica de los eventos en que participó:

Les diré algo acerca de esa supuesta convención. Ese ardid de bribonería tuvo lugar el 28 de febrero en la antigua misión de San Vicente. Walker, por medio de amenazas, convocó una reunión de los habitantes ese día. Llegaron como veinte indios y dieciséis blancos, cinco de ellos terratenientes. Los soldados de Walker, todos armados, formaron en fila un cuadro de 120 bayonetas en los cuatro costados, en el que encerraron como en un corral a los treinta y

seis inermes habitantes. Tras tomar nota de los nombres de los presentes, Walker les dirigió la palabra, mejor dicho una orden, que concluyó diciendo: "Y os ordeno que juréis lealtad a esta bandera, etc. Os lo manda vuestro Presidente de la República". Ocho indios prestaron el juramento. Mas permitidme que haga justicia a Walker en su conducta hacia ellos: todos recibieron una ración completa de carne antes y después de la ceremonia en que hicieron la señal de la cruz, le besaron la mano a Su Excelencia y quedaron inscritos como súbditos leales. Los otros veintiocho, al ser llamados a prestar el juramento rehusaron hacerlo por lo que se les dejó aparte y Su Excelencia les echó otro discurso, diciendo: "Sabed que os trataré como rebeldes y enemigos; que tengo vuestras vidas y bienes en mis manos". El efecto de sus palabras fue mágico. Los pobres vecinos, algunos de ellos jefes de familia numerosa, se vieron así obligados por la fuerza a jurar la bandera extraña y a renunciar a su querida patria, o a jurar en falso. Al día siguiente, Walker los obligó a firmar un documento dirigido a su persona y redactado por él mismo, en el cual los mexicanos ratificaron lo actuado en la supuesta convención ...<sup>318</sup>

*La Declaración o Petición de los Habitantes del Estado de Baja California, de la República de Sonora, a Su Excelencia el Presidente de la República, fechada en San Vicente el 1 de marzo de 1854, arrancada por la fuerza a los amedrentados nativos, dice en su parte medular:*

... Ayer, en vuestro campamento, nosotros renunciábamos solemnemente a toda otra bandera o gobierno que no fuera el de la República de Sonora, que se nos presentó entonces, y voluntariamente juramos lealtad a la Nueva República, pasamos bajo las dos banderas [tendidas en forma de arco de triunfo] en señal de sumisión, y ofrecimos serviros fielmente hasta la muerte.

... Por lo tanto, le rogamos a Su Excelencia que se establezca una autoridad que reconoceremos, y a la cual sostengan las fuerzas armadas que Su Excelencia estime conveniente.

Le suplicamos a Su Excelencia que las provisiones que tenemos a mano, y las que obtengamos en el futuro, estén sujetas a vuestras órdenes cuando las requisiciones estén debidamente firmadas por vuestro Comisario, requisiciones que siempre acataremos con alegría ...

La gentil respuesta de Su Excelencia el Presidente, vino el mismo día:

COPIA DE LA RESPUESTA DEL PRESIDENTE

San Vicente, 1 de marzo de 1854.

CIUDADANOS —He tenido el gusto de recibir la petición que me habéis hecho, y los soldados de la República aprecian la lealtad y devoción que expresáis hacia el nuevo Gobierno.

Espero y creo que el Estado de Baja California prosperará y mejorará bajo la República de Sonora, y sus recursos serán más fructíferos que bajo el desgobierno de México.

Tendré el gusto de cumplir con vuestro deseo en cuanto al establecimiento de una autoridad local y de una constitución bajo la cual serán respetados y garantizados todos vuestros derechos.

Con mis votos para el bienestar individual de cada uno de vosotros y para la prosperidad nacional de la República,

Soy, vuestro Presidente,  
WILLIAM WALKER,  
Presidente de Sonora.<sup>319</sup>

La realidad es que los filibusteros de Walker ya se habían apoderado a punta de pistola de todos los caballos, vacas, ovejas y provisiones que pudieron. Gran parte de la población andaba en el exilio; alrededor de cien personas habían escapado a pie, desvalidas, por la frontera, y los caritativos vecinos de San Diego habían recaudado fondos, socorriéndolas. Casi todo el ganado de la región había desaparecido o estaba en manos de Walker. Las pretensiones y proclamas del "Presidente" no sólo eran ridículas en extremo,

sino que no servían ningún propósito práctico. El mundo exterior se rio a carcajadas:

"William Walker, Presidente de Sonora" eclipsa y deja muy atrás a todos los grandes capitanes que le precedieron, con excepción de uno que fue Gobernador de la Isla de Barataria, que se llamó Sancho Panza. Es una lástima que estos dos héroes terribles no hayan vivido en la misma época para enfrentar al uno contra el otro. Entonces se habrían visto escenas como las que jamás ha visto el mundo.<sup>320</sup>

Hasta su amigo John Nugent en el *San Francisco Herald* llamó a todo el asunto "una sublime farsa" y "una encarnación de lo ridículo".<sup>321</sup> Pero el comportamiento cómico de Walker ese 28 de febrero tiene una explicación psicológica. *Yo ... de acuerdo con mis dos Ministros* representa al trío en el mando de la Ciudad Medialuna Interior. El *juramento de lealtad* con el fin de *reunir a todos los habitantes de esta frontera*, al igual que la realización del deseo en un sueño, trata de satisfacer el anhelo muy hondo de unir en un todo congruente a las personalidades fragmentarias. Cualquier obstáculo en el desarrollo de dicha comedia bloquea la realización de una necesidad psicológica vital y desata una reacción violenta en Walker. Y en realidad así sucedió, convirtiendo de súbito la farsa en tragedia. Theodore Ryan, un irlandés que llegó a Ensenada en el *Anita*, tuvo la suerte de salir vivo de San Vicente para contar la historia:

... Edward C. Barnes, de Filadelfia, T. F. Nelson y Arthur Morrison, de Illinois, un americano llamado Smith y yo, fuimos llevados el 28 de febrero ante un autoconstituido Consejo de Guerra, acusados de los supuestos delitos de intentar desertar, de coger cada uno un caballo del campamento, de explotar el polvorín y de cometer asesinatos. El Consejo lo integraron el mayor Emory, presidente; el mayor Crocker, los capitanes Cuttrell, Douglass

y Brewster, los tenientes Griswold y Lawrence, y Samuel Ruland, Auditor Militar. Después de tres días de sesiones, el tribunal sentenció a Nelson y Morrison a muerte, a Barnes y a mí a 25 y 50 latigazos respectivamente, y a Smith lo dejaron libre en vista de que era muy buen vaquero. Ejecutaron la sentencia el 3 de marzo, el día que yo salí del campamento; a Nelson y Morrison los fusilaron, y a Barnes y a mí nos vapulearon. En una ocasión anterior, enjuiciaron por desertión y condenaron a muerte a un muchacho de 19 años de edad a quien en el campamento llamábamos "Filadelfia". No lo fusilaron porque casi todos intercedimos pidiendo clemencia en consideración a su corta edad. Al perdonarlo, Walker de inmediato mandó formar a la tropa y ahí juró "ante Dios" que a cualquier otro que intentara desertar en el futuro, joven o viejo, él en persona lo mataría con sus propias manos.<sup>322</sup>

Ryan y sus compañeros no podían haber escogido un momento peor para desertar, pues su infidelidad y falta de devoción a la República contradijo y anuló el juramento de lealtad prestado ese mismo día en la antigua misión de San Vicente. En consecuencia, tenían que recibir el castigo anunciado por el Presidente Gabriel Gumbo; y sus dos Ministros. T. F. Nelson y Arthur Morrison son sólo los primeros en una larga cadena de víctimas inmoladas por orden directa de Walker durante su carrera filibustera. El sacrificio insensato de sus vidas apenas si mereció un comentario en la prensa de la época, cuando las matanzas ilegales ocurrían con frecuencia en California. Pero los cuerpos sin vida de ambos hombres, sepultados en el subconsciente del Predestinado, grabaron una imagen compleja que Timothy Tucker transmite al exterior años más tarde llenando con su pluma una larga página de reminiscencias en la introducción de *La Guerra en Nicaragua*. En las palabras de Tucker, Nelson y Morrison se habían "confabulado para desertar y pasar saqueando las haciendas de ganado en el camino hacia Alta California".<sup>323</sup> Por eso los sentenció a muerte. Sin embargo, dicha explicación —la racionalización consciente de Walker— no satisface los hechos

del caso. El saqueo de las haciendas de ganado era la ocupación rutinaria de sus hombres, y las deserciones eran comunes en su ejército; en otras ocasiones él no castigó el delito. ¿Por qué, entonces, en esa oportunidad?

Tucker da la respuesta al final del párrafo, en la pérdida del derecho a la pleitesía con que narra la historia de la Ciudad Medialuna Interior en el lenguaje simbólico acostumbrado. La figura furtiva del indio semidesnudo, degenerando hacia el salvajismo en campos desolados con huellas de la anterior cultura, representa a los reclusos edipales, sometidos a la autoridad del Presidente Gabriel Gumbo y sus dos Ministros que encabezan la expedición. El simbolismo ya había salido a luz durante la actuación en San Vicente, cuando Walker emitió otro decreto asombroso, broche de oro y folklore apropiado para la farsa:

SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DE SONORA:—

Hoy he decretado lo siguiente: Aquellos indios que tengan amos y vivan en la condición de sirvientes, observarán buena conducta y rendirán la más perfecta obediencia. Cualquier infracción de esta orden será castigada a petición de sus amos.

En virtud de mi cargo, yo así lo suscribo y ordeno en San Vicente hoy primero de marzo de 1854.

[Firma] WM. WALKER, Presidente de Sonora.<sup>324</sup>

Con sus actos, Nelson, Morrison, Ryan y Barnes negaban el derecho del Presidente Gumbo a recibir la pleitesía de los reclusos. Los infractores recibieron el castigo sumario: dos fueron fusilados y enterrados, los otros dos, flagelados y expelidos a toque de tambor. Muchos nativos huyeron a San Diego y otros lugares. Los indios escaparon aterrorizados a las montañas. Don Manuel F. de Córdova y el ministro de relaciones Frederick Emory salieron para Alta California, en misión oficial de la Nueva República.

\* \* \*

LOS AGENTES DE WALKER habían gozado de libertad total de acción en California. No obstante, el vicepresidente Henry P. Watkins no había conseguido el vapor ni los refuerzos que urgían en su República de Sonora. En un acto final de desesperación, el 8 de febrero despachó de San Francisco todos los reclutas que pudo —sesenta "aventureros empedernidos", alemanes, americanos e ingleses— en el *Anita*, al que rebautizó *Petrita* y puso bajo bandera chilena para despistar. William Gillam, excapitán del *Arrow* y capitán del *Anita*, iba de "pasajero" y el contramaestre J. Springer hacía de "capitán" como parte del ardid para disfrazar la identidad del barco ante los mexicanos. El velero zarpó con los papeles en regla para Guaymas, no se pudo comunicar con Walker al pasar por Ensenada, bloqueada por el *Portsmouth*, y siguió costa abajo hasta la punta de la península. Los filibusteros sostuvieron ahí una "conferencia secreta" con un tal Riche, dueño de "la casa blanca" en el Cabo de San Lucas, y luego prosiguieron la travesía y el 4 de marzo llegaron a Guaymas.<sup>325</sup> Pretendieron pasar como pacíficos colonos, mas las autoridades pronto descubrieron su identidad y los apresaron. A Gillam, Springer y tres más los llevaron bajo guarda al barco mercante inglés *Ethelbert*, para trasladarlos a Mazatlán. El comandante N. H. Morshead de la corbeta británica *Dido*, surta en Guaymas, enseguida envió un pelotón de marinos al *Ethelbert* y sacó a los cinco filibusteros, alegando que eran prisioneros políticos a quienes protegía la bandera inglesa del barco mercante. Los mexicanos protestaron con vehemencia, pero en vano. A los demás filibusteros se los llevaron engrillados a Mazatlán en el *Petrita*; después fueron liberados a petición del cónsul norteamericano en dicho puerto, respaldado por el capitán Thomas A. Dornin con los cañones del *Portsmouth*.

Así terminó la gestión de Watkins para Walker. En San Francisco, la situación cambió de súbito tras la llegada del general John E. Wool el 14 de febrero con nuevas órdenes de Washington y la publicación el 16 en el *Alta*

de la proclama del Presidente Pierce contra los filibusteros. El fiscal federal del distrito Samuel W. Inge al instante acató las nuevas instrucciones e inició los procesos judiciales contra el vicepresidente Henry P. Watkins, el mayor Oliver T. Baird y el capitán George R. Davidson de la República de Walker. A Watkins lo arrestaron el 23 de febrero y el 27 comenzó la indagatoria, con Edmund Randolph de abogado defensor. El 1 de marzo el Gran Jurado mandó enjuiciar a los tres reos "por tomar parte en lanzar una expedición hostil en este Estado para hacerle la guerra a México".<sup>326</sup> Ese día detuvieron al doctor David Hoge, el cirujano evacuado de Ensenada. A Emory y Fernández de Córdova los apresaron en San Diego el 8 de marzo y los enviaron en el *Columbus* a San Francisco para juzgarlos por violar la ley de neutralidad. Así las autoridades "desbarataron" la "empresa criminal" de Walker en California seis meses tarde —se lavaron las manos enterrando el cadáver.

El juicio de Watkins se inició el 20 de marzo en el Juzgado Distrital Federal del juez Hoffman. El jurado declaró culpable al indiciado el 24, y dos semanas después el Juez lo sentenció a pagar \$1.500 de multa. Emory entonces confesó haber cometido el delito y recibió igual pena. El *Alta* lo aplaudió, comentando: "Hasta donde nosotros sabemos, ha habido una sola reacción en nuestra ciudad al veredicto del jurado en el caso de Watkins, y es la de una entera aprobación. El pueblo se siente aliviado, se siente liberado de responsabilidad, se ha lavado del Filibusterismo las manos".<sup>327</sup> Habiendo lavado del Filibusterismo las manos de California, el fiscal decidió no enjuiciar a Davidson en vista de que "no había podido obtener pruebas que convencieran al jurado ni sabía dónde conseguir tales pruebas".<sup>328</sup> El Juez concurrió y ordenó liberar al reo. Watkins y Emory siguieron custodiados por el alguacil, pendiente el pago de las multas, pero todos los demás salieron libres. A Emory por fin lo soltaron en junio, al presentar un escrito "en el que atestigua su imposibilidad de pagar la multa ni parte alguna de ella".<sup>329</sup>

\*

A MEDIADOS DE MARZO DE 1854, la "República de Sonora" agonizaba en San Vicente. Gran parte de sus habitantes andaban en el exilio; sus arcas seguían vacías; su ejército, reducido por las desertiones a 120 efectivos; el Vice Presidente, el Ministro de Relaciones Exteriores, el Intendente del Ejército, el Médico Mayor, el Espía Principal y el Jefe Reclutador estaban tras las rejas en San Francisco; la flota enemiga bloqueaba su puerto; fuerzas expedicionarias mexicanas se aprestaban a asestar el golpe de gracia; y Antonio María Melendres con su banda de "rebeldes" acechaba en los alrededores, esperando, paciente, el momento oportuno para entrar en acción. Mas el Presidente William Walker no estaba pensando en rendirse o retirarse. Al contrario, él se preparaba a pasar a la ofensiva. En la Ciudad Medialuna Interior, el Presidente Gabriel Gumbo, de acuerdo con sus dos Ministros —el coronel Dick Dobs y el escritor Timothy Tucker— elaboraba los planes y emitía las órdenes pertinentes para la campaña en que culminaría victorioso, izando su bandera de dos estrellas en las murallas de Sonora misma.

